

mis manos para exaltación de Jerusalén!» Plegándose luego a la percha de la cama, que estaba a la cabecera de Holofernes, descolgó de ella su cimitarra, y acercándose al lecho, asió la cabecera de su cabeza y dijo: «Fortaléceme, Señor, Dios de Israel, en este día.» E hirió en su cerviz dos veces con toda su fuerza y le cortó la cabeza. Derribó luego su cuerpo del lecho y desprendió el conopeo de las columnas. Poco después salió y entregó la cabeza de Holofernes a su doncella, la cual la metió en el saco de sus provisiones y salieron las dos juntamente, según su costumbre, a la

oración. Llegadas a las proximidades de la fuente, dieron un rodeo, y deslizándose entre los árboles, a favor de las sombras, llegaron a las puertas de la ciudad: «Abrid, abrid», gritaron, enseñando la cabeza del caudillo enemigo.

Tal es la terrible historia que nos cuenta el libro de Judit, libro que respira una grandeza trágica, pero que suscita múltiples problemas de orden histórico, hermenéutico y hasta ético, cuyo comentario dejamos para otro número.

